

## 099. La esencia del Cristianismo

Un conferenciante empezó su exposición con estas palabras:

- *Señoras y señores. Voy a hablar del Cristianismo. ¿Quieren ustedes entenderlo? No haremos nada si antes no se han aprendido de memoria buenos párrafos de la charla de Jesús con sus discípulos en la Última Cena.*

Siguió el conferenciante:

- *Y para que entiendan mejor las palabras de Jesús, permítanme que les cuente antes un caso ocurrido en alta mar, por las costas del Pacífico.*

Surcaba las aguas el barco, con cien pasajeros felices a bordo, y de repente un grito pavoroso: -*¡Que chocamos!...* El navío empieza a hacer fondo, y todos corren despavoridos en busca de los botes salvavidas. Sólo un pasajero permanece sereno. Su sotana negra se perfila sobre el puente cada vez más sola, mientras va oyendo los gritos:

- *¡Padre Ramón! ¡Padre Ramón!... ¡Venga! Que aún hay sitio para usted...*

Y el sacerdote, en vez de acudir el primero, se queda el último:

- *¡Bajen, bajen ustedes! Yo les seguiré...*

Se hinca entonces, y arrodillado se dirige a Dios:

- *¡Señor! Que se salven todos. Mi vida, te la ofrezco por ellos...*

Los que llenaban los botes, en los que no cabía nadie más, vieron cómo el barco se iba al fondo del mar con el sacerdote de la sotana negra, arrodillado hasta el fin... (P. Pablo Ramón, apóstol de Filipinas, 1889)

Ahora —continuó el conferenciante—, con un caso como éste, van a entender el Cristianismo, porque van a entender mejor las palabras de Jesús.

La mayor revolución que ha convulsionado al mundo no ha sido la revolución llevada por las armas —ni espadas, ni cañones, ni bombas atómicas—, sino la revolución del amor proclamada, impuesta y promovida por Jesucristo. Su mandamiento nuevo no tiene réplica: -*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros... Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros... Esto os mando: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.* Así, machaconamente, siempre con las mismas palabras, transmitidas por el apóstol Juan, a lo largo de todo el discurso de la Última Cena.

¿Tuvo bastante Jesucristo con imponer su mandamiento? No. Además de mandar el amor, nos dio el amor al hermano. Lo metió en nuestro ser junto con la Vida de Dios. En el Bautismo derrama por su Espíritu Santo el amor en nuestros corazones, de manera que amamos al hermano con el mismo amor con que Dios nos ama, con el mismo amor con que nosotros amamos a Dios, y amamos como ama el mismo Jesús.

El amor cristiano no es propiamente doble: a Dios y al hombre. Es uno sólo, a Dios y al hombre a la vez. Porque no es más que el agua de la misma fuente del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Por eso, el amor a los hermanos es un don de Dios, no un simple sentimiento que nazca de nuestros corazones.

Este amor al hermano es el uniforme que lucimos los cristianos y por el cual se nos distingue.

No es el amor de la “fraternidad” revolucionaria, que hacía iguales a los ciudadanos, pero eliminando antes en la guillotina a todos los que estorbaban..., y arrebatando a los contrarios los derechos humanos más elementales.

No es el amor de la “filantropía”, propio de tantas asociaciones, que dan de lo que sobra, y lo dan adornando de esplendor las fiestas sociales...

El amor cristiano enseña no a dar, sino a darse. Y lo hace de manera que sabe llegar a los extremos de la entrega personal, como lo han hecho todos los grandes Santos de la Iglesia.

Vicente de Paúl, que dice: *-Amar con todo el corazón, sí. Pero “amar con el cansancio de nuestros brazos y con el sudor de nuestra frente”...*

Juan de Dios, el héroe de los enfermos de Granada, que merece este elogio supremo: *-Si la caridad se perdiera, en ti, Juan, sería hallada.*

El amor cristiano, por otra parte, no reconoce fronteras. es para todos los hombres de cualquier lengua, raza o color.

Como el del Papa Pío IX, que va una vez por las calles de Roma, y ordena de repente al cochero: *-¡Pare! ¿Quién es ese pobre hombre tendido en el suelo?*

Y se estremece al oír: *-Santo Padre, no haga caso. Es un viejo judío enfermo, que suele estar ahí.*

El Papa se enoja ante respuesta tan inhumana, baja del carruaje, ayuda con sus propias manos a subir al pobre hombre, lo lleva a palacio, y llama a su médico personal, a quien encarga: *-Cúdelo, a costa mía, con el mismo interés con que lo hace siempre conmigo.*

El apóstol San Pablo, que escribiendo a los de Corinto dejó estampado el himno supremo del amor, canto insuperado e insuperable (1Corintios 13), usaba expresiones de tal ternura que más parecen de una madre tierna, tiernísima, que no de un hombre de temperamento tan enérgico:

*- Hermanos míos amadísimos y añorados, que sois mi gozo y mi corona, queridísimos... Os llevo en el corazón, y Dios me es testigo de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús (Filipenses 04,1: 1,7-8)*

*- ¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto! (Gálatas 4,19)*

*- Me comporté —dice a los de Tesalónica (2,7-8)— con vosotros como una madre que cuida a sus hijos con amor. Tanto os quería, que deseaba entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino también mi propia vida. ¡A tal punto llegaba mi amor por vosotros!...*

Esto es el Cristianismo: ¡Amor, amor, amor!... Donde hay amor, hay autenticidad. Donde no hay amor, todo suena a falso. Y nosotros, ¡claro está!, queremos ser auténticos de veras...